



EL LENGUAJE EN INTERNET
LA BÚSQUEDA DE LA LENGUA PERFECTA Y EL MIEDO A LOS NUEVOS MEDIOS

DRA. FLORENCIA CORTÉS CONDE
GOUCHER COLLEGE

La preocupación no es nueva: nuevas tecnologías, nuevos medios destruirán la unidad lograda con tanto esfuerzo. La maldición de Babel creará sobre nosotros –otra vez– esa desunificación y esa fragmentación en la cual “bablearemos” sin sentido. El Medioevo, según Eco, soñó con remediar la vulgarización del latín buscando infructuosamente la lengua perfecta. Sabios y estudiosos creían en una lengua prebabeliana que remediaria la fragmentación política y religiosa. Este lenguaje de Edén, o un lenguaje que, estructurado como el de Adán, era el único en capturar las cosas tal cual son porque, en definitiva, Dios le dio a Adán el poder de nombrar y en ese nombre estaba la verdadera esencia de la cosa. Pero nadie pudo encontrar esa lengua divina y la fragmentación siguió haciendo estragos en Europa.

Las lenguas bárbaras –variedades vulgares del latín: el español, el italiano, el francés, entre muchas otras lenguas europeas– creaban una inseguridad que dio lugar a interesantes proyectos de monjes dedicados gramáticas unificadoras. Gramáticas que querían conservar esa la unidad del Sacro Imperio Romano. Pero ninguno de estos proyectos logró mantener una unificación que era venía decayendo por centurias. En el siglo VII, en Irlanda, se propuso al gaélico como lenguaje que lograría volver a capturar la perfecta armonía existente antes de la maldición de Babel. El gaélico era un lenguaje racional–decían los irlandeses– que podía expresar y representar el mundo tal cual era, sin que mediaran errores de uso ni confusiones bárbaras y vulgares. Este argumento no convenció a ninguno de sus vecino, y esta lengua no logró unificar al Reino Unido, que estaba fragmentado en sus muchas comarcas.

Lo que se buscaba entonces, lo que se busca ahora, es detener el cambio, lograr que el mundo que conocemos permanezca, que se nos asegure que lo que hemos aprendido no se convertirá en obsoleto. Y si todo queda como es, tal vez entonces no habrá malentendidos ni ambigüedades. Podremos ver y hablar de las cosas como son. Pero el problema es que cada vez que hablamos, cada vez que intercambiamos información la lengua cambia. Desde el advenimiento de la imprenta se culpó a la lengua hablada de es cambio que crea confusión y divide a las gentes?

El lenguaje escrito en era ese obscuro objeto de deseo: el lenguaje perfecto, normado y estable. La imprenta hizo de la escritura un lenguaje infinitamente reproducible, y la tipografía fijo visualmente cada letra aunque su pronunciación siguiera variando. Junto con la imprenta, los diccionarios, las gramáticas y los manuales de estilo comenzaron a convencernos de que habíamos logrado estabilidad. El lenguaje escrito se percibe como un medio estable y racional que fija, por los tiempos de los tiempos, el conocimiento adquirido, y nos persuade de que nada se perderá. Actualmente, es este el lenguaje que se siente amenazado, el lenguaje que hay que defender de los nuevos medios. El viejo temor a Babel emerge con poder inusitado en esta época que se da en llamar “la era de la información”. Entre correos electrónicos, chats, texting, , la escritura va adquiriendo una variabilidad más típica del la oralidad que de la tipografía fija de la Modernidad en su auge.

Hubo otra época, sin embargo, cuando el lenguaje escrito era la tecnología temida. En la Antigüedad, la escritura era un medio nuevo, que ganaba terreno entre los jóvenes atenienses. Para Sócrates, esta tecnología iba a desvirtuar el conocimiento y a atrofiar la razón. En el *Fedro*, Sócrates habla de cómo la escritura generará dependencia y hará menguar la memoria: “La escritura no producirá sino olvido en las almas de los que la conozcan, haciéndolas despreciar la memoria. Fiados en el auxilio extraño, abandonarán a caracteres materiales el cuidado de conservar los recuerdos”.¹ Pero lo peor del papel escrito, para Sócrates, era que impedía el diálogo. Una vez escrito el discurso, la opinión quedaba fija. Si las palabras quedaban fijas, y no hay manera de rebatirlas, cuestionarlas, encarar al que dijo y desenmascararlo. Para Sócrates, el diálogo era la única manera de conocer la verdad. La escritura, justamente por ser una tecnología que daba a la palabra permanencia, hacía imposible el diálogo. Tan solo la oralidad podía dar lugar al Edén: “La dialéctica se ocupará de sembrar y plantar, con la ciencia, discursos capaces de defenderse por sí mismos y defender al que los ha sembrado, y que en vez de ser estériles, germinarán y producirán en otros corazones otros discursos que, inmortalizando la semilla de la ciencia, darán a todos los que la posean la mayor felicidad de la tierra”.²

Sócrates desconfiaba de la palabra misma. Los significados cambian con el tiempo. Las palabras dicen una cosa en un cultura y otra en otras. Y cuanto más abstractas, mayor la ambigüedad: Libertad, democracia, familia, gobierno todas pueden dar lugar a numerosas interpretaciones. En el *Cratilo*³, habla del lenguaje como un medio de representación que de alguna manera embarra la conexión con el mundo. El lenguaje, cualquiera sea, es una representación imperfecta del mundo, y tan sólo nuestra capacidad de razonar, de

¹ *Fedro*, Buenos Aires, Hispamérica, 1984, Trad. de Luis Gil, p. 365.

² *Ibid.*, pp. 368-369.

³ Madrid, Gredos, 1982, Trad. de J. L. Calvo.

dialogar, para descubrir contradicciones y errores podrá llevarnos al conocimiento. Nos llegan estos razonamientos de Sócrates –típica ironía de la tecnología– a través del medio escrito y por las palabras.

El mundo griego, al que nos gusta citar como inspirador de nuestra cultura, era un cosmos donde la observación personal, los encuentros cara a cara, el contacto directo con el mundo eran las formas más seguras y más fidedignas de obtener información. Pero la manera en que nos hemos informado acerca de la existencia de este mundo es a través de la escritura y de la imprenta, y no por contacto directo. Todas nuestras historias, esas historias que definen quienes somos y que han llegado a nosotros a través de traducciones, impresiones e interpretaciones no nos llegan de primera mano.

El mundo de la imprenta y la difusión del libro cambia ha cambiado esta confianza en la observación directa. El “ver para creer” cambió en el momento en que empezamos a tener bibliotecas personales. Empezamos entonces a ver un mundo que apenas conocíamos, a dejar de creer en animales mitad hormiga y mitad león, para creer que el mapa dibujado en el papel era lo mismo que el territorio. Libros de ciencia difundieron ideas acerca del sol, y no de la tierra, como figura central de la galaxia. Las palabras de la Biblia regaron Europa gracias a Gutenberg, y las lenguas vulgares buscaron legitimarse en el papel, fijando ortografías y creando autoridades para reglamentarlas. El papel, la imprenta y la palabra cambiaron el mundo, y ese cambio, que ahora vemos tan positivo, no lo fue para quienes lo sufrieron. Quijano, nos dijo Cervantes, enloqueció leyendo libros, quedó totalmente desconectado del universo duro, sucio y mundano que lo rodeaba. En su cabeza inventó otro basado en lo que leía.

Peor aún que el libro fueron los pamfletos, y los periódicos. Papeles que esparcían heregías y manifiestos que . Gracias a la imprenta Lutero pudo diseminar su mensaje, protestar contra el poder de Roma y fragmentarlo. Y si antes las noticias de la comunidad se transmitían desde el púlpito en las reuniones de los domingos, ahora ya no estaba en manos de clérigos sino de una nueva industria de la información y sus incansables trabajadores: los periodistas. Ya no fue suficiente saber lo que le pasaba al vecino, lo importante era enterarse de las noticias de los centros de poder.

Lo más difícil de las nuevas tecnologías es que, cuando empezamos a temerles, es cuando ya sentimos que nos han cambiado. Son estos cambios los que raramente comprendemos, los que vagamente tememos, sin saber muy bien por qué. La foto introdujo una nueva manera de ver, de fijar la imagen y guardarla, de guardar a nuestros muertos y nuestros momentos especiales. Sacarlos del cajón y revivirlos, abriendo una conexión con emociones pasadas. Con esta fijación de imágenes, cambia la nuestra propia. La foto perfecta, el instante perfecto, la sonrisa perfecta, eliminan de nuestras figuraciones los muchos otros “nosotros” del día a día. ¿Quién no examina las fotos,

buscando aquella que captura nuestro mejor ángulo y elimina el lado feo?

Durante casi medio milenio, la escritura y la palabra impresa han dominado el mundo. Junto a esta el telégrafo, el cine, la radio, y la televisión han cambiado nuestra manera de entender el mundo. Ahora le toca el turno a Internet de cambiar nuestra manera de representar. Ante esto, vuelve a erigirse el viejo fantasma de Babel, el miedo a la fragmentación. Con frecuencia se publican artículos sobre cómo Internet empobrece el lenguaje. En tales artículos, se habla de la necesidad de salvar el español de la fragmentación; de cómo la ortografía nos da unidad.

Internet propone una representación totalmente distinta de las anteriores. Para Paul Levinson⁴, es una vuelta al diálogo socrático. Entre los usos que le damos a Internet, están leer, escribir, comprar, jugar juegos interactivos, escuchar música, intercambiar documentos de todo tipo. Muchas de estas actividades ya se han podido hacer en otros medios: leer libros, escribir en papel, mandar mensajes, jugar videojuegos, escuchar radio, discos compactos. Pero Internet la actividad no es puramente receptiva, como la propuesta por la televisión, el cine e incluso la radio. Internet nos promete un interminable diálogo con el mundo, una red de unificación. Si este es el caso, ¿por qué sentimos que nos fragmenta? ¿En qué sentido nos fragmenta? Y, ¿cuál es el lugar del lenguaje en esta fragmentación?

El problema de la ortografía no va a solucionarse o a acentuarse por Internet. Los neologismos introducidos por el uso de la Red, “chatear”, “emiliar”, “clickear”, sobrevivirán o no, según los usos y los gustos de los usuarios. Pero mientras nos preocupamos por la ortografía y el *cyberspanGLISH*, perdemos de vista lo realmente central. A pesar de las gramáticas, a pesar de los proyectos de lingüistas que buscan purificar el lenguaje y hacerlo perfecto. La lengua no puede divorciarse de la experiencia, y es la experiencia la que comunicamos. No importa cuanto viajen nuestras palabras, ni cómo viajen, nosotros seguimos arraigados a nuestro cuerpo. Y, a pesar de lo que muchos proclaman acerca del diálogo en Internet, interactividad digital e interacción cara a cara son dos cosas bien distintas. Si nuestra experiencia da significado a los términos que usamos, que pasa cuando la experiencia que se nos proponen no están mediadas por el cuerpo.

Internet es un universo de lenguaje escrito sin control. Es eso, tal vez, lo que realmente tememos: la fragmentación no del lenguaje perfecto, sino de la experiencia que ese lenguaje representa. En este inmenso mar de comunicación que llamamos Internet –y hablo como usuaria–, ¿qué es lo que estamos haciendo? Como usuaria de este medio con frecuencia me he encontrado en medio de una de esas conversaciones en la que las palabras se sucedían en la pantalla. En una de esas tantas conversaciones me encontré hablando con “Ana

⁴ Levinson, Paul, *The Soft Edge: A Natural History and Future of the Information Revolution*. London: Routledge, 1997.

Laura 83". Me saludó, y por que estaba ahí decidí responder el saludo. Según me dijo, estaba haciendo las valijas para ir a Paraguay. Yo estaba en ese momento en la Argentina, pero no sé donde estaba ella. Me contó, mientras escribía en la pantalla, que escuchaba un "CD" de los *A-teen*. Yo, por mi lado, le contaba que escuchaba jazz. Ella me decía que sabía mucho del tema; pero cuando le pregunté cuál era su música de jazz favorita, me contestó en mayúsculas: "NINGUNA". Al poco rato, la conexión se cortó: demasiados usuarios o alguna otra debilidad del sistema. La comunicación había sido puramente fática; el intercambio de contenidos, nulo; la negociación de significados, inexistente. Y no creo que, de haber extendido esta conversación, hubiesen cambiado las cosas. ¿Estábamos verdaderamente conectados, o simplemente abríamos el canal para sentir que lo estábamos?

La comunicación fática tiene una función importante en el lenguaje: mostrar que el canal está abierto. Pero si lo único que hacemos es abrir el canal, ¿qué estamos diciendo?; ¿cuál es el verdadero peligro? Descubrí, hace poco, una imagen sobre Internet que me cautivó: "Sitting on the chair with one's head on infinity" ["Estar sentado en una silla con la cabeza en el infinito"].⁵ Pero en el juego de traducir la frase me enfrenté con otra posible interpretación: tener el trasero en la silla, con la cabeza en el infinito, en la nada. La cuestión no es tan sólo enviar palabras más rápido y a mayor distancia. Lo importante es que alguien las reciba y las comprenda; que la información se convierta en conocimiento y no en acumulación de grafías, imágenes y sonidos. Si en el pasado el medioevo o en la antigüedad el acceso a información era el problema, en la actualidad tenemos un exceso de información, y el problema es darle sentido, ver su relevancia en el *aquí* y *ahora*, porque no se puede llegar al futuro sin pasar por esas dos dimensiones humanas.

¿Dónde creamos los significados que dan sentido a nuestro lenguaje? Aún hoy en día, las experiencias más vívidas se hacen en el cara a cara, y en el día a día con nuestras familias, amigos, hermanos y vecinos. Con toda esa gente que nos empuja con el codo, no usa el desodorante adecuado y nos molesta porque no nos prestan atención o nos la prestan demasiado. A pesar de los múltiples medios que nos rodean, seguimos necesitando hablar con otros de cerca para aprender los significados más básicos. Un infante no sobrevive sin el *contacto* con otro humano. En las escuelas, con las familias, con los amigos, en las mil charlas cotidianas que dan contenido a nuestras palabras y forman nuestra experiencia adquirimos y producimos interpretaciones. La comunidad virtual no es una comunidad de tacto y olor; es una comunidad segura, en la que uno *cree* que arriesga menos, porque puede cubrir más. He aquí la gran seducción. ¿"Ana Laura 83" realmente viajaba a Paraguay? ¿Era *Ana Laura 83*? ¿Jugaba a tener 15 y tenía 30, o era al revés?

⁵ La traducción es de la autora. N. de la E.

En el anonimato de la Red creemos que esto poco importa, en el anonimato de la Red creemos que podemos ser totalmente abiertos, que no tenemos nada que esconder. Es una paradoja que en esta comunidad se suban los videos más íntimos, se confiese ante millones lo que no se puede decir al que está a nuestro lado. Ya se sabe sin embargo que estos significados descorporizados, hay quien lo interpretará del otro lado sin tener en cuenta el contexto de producción. Si subo mis fotos o mis videos, hay quien los recibirá años más tarde sin comprender que son instantes pasados. Para una generación que sube contenidos desde su infancia, no hay una conciencia muy clara de la permanencia de estos contenidos y la posibilidad de que estos nos persiguan décadas más tarde. Porque en la red nuestro cuerpo no está limitado a un contexto, lo privado y lo social se mezclan. Ya en esto la tecnología nos ha cambiado. Perder el control de nuestra propia historia es uno de los riesgos, pero el otro lado de la moneda es ganar la posibilidad de entenderla de una manera completamente distinta.

Ante todo, el mayor peligro que propone la Red, su gran seducción, es eliminar al otro. Seduce la comodidad de vivir conectados a la pantalla, bien lejos de la cara del vecino. ¿Propone Internet la globalización o –como dice Robert Castel– nos ofrece una cabaña climatizada desde donde, virtualmente, vivimos negociando un lenguaje pulcro, puro, filtrando los malos olores, los sabores y significados que no nos gustan? Seducidos por la promesa de la perfección, del lenguaje sin riesgo a la ambigüedad, del mundo sin el peligro de lo desagradable y desordenado. Internet puede ofrecer esta conexión sanitaria, pero a la larga todos tenemos que volver a nuestros cuerpos finitos y mediar con todos nuestros sentidos nuestras experiencias locales.

Levinson sostiene que nuestra diferencia con las amebas es que ellas digieren el mundo directamente. Estar en contacto directo con nuestro entorno no les permite ser deshonestas; pero ante cualquier elemento nocivo, este contacto directo las mata. Mediar el entorno es un acto de supervivencia, pero uno que requiere de análisis y actitud crítica. Una examinación constante de cómo el medio cambia nuestra manera de entender la realidad de la cual nos distanciamos. El tacto es el inicio de ese camino. Desde el tacto a Internet, nosotros, los seres humanos, nos distanciamos cada vez más de la realidad. El lenguaje es uno de los tantos mediadores que tenemos para interactuar con el entorno. Nuestra preocupación con su imperfección es comprensible pues la lengua no es un sitio de una sola autoridad, sino un sitio de negociación permanente de significados que no dependen solamente de nosotros. Esta negociación es para buscar unificación, significados comunes que nos permitan sobrevivir como grupo. Porque nuestros sentidos, nuestros medios tecnológicos, son todos creadores de representaciones, no de realidades esta negociación y examinación es algo que cada generación debe enfrentar.

Los medios que creamos y nos permiten evolucionar son intermediarios entre nosotros y nuestro ambiente. Desde el lenguaje a Internet, todos proponen maneras de representar el mundo. Lo que estos medios no pueden hacer por nosotros es reconocer el error en la percepción, entender cuándo hay una disparidad entre lo que creemos y lo que hay. Nosotros debemos detectar el ruido en el canal, reconocer el malentendido, rectificar nuestra percepción. A menos que ingeramos el mundo como las amebas, esta posibilidad de error siempre va a existir. Modificando la ley de Murphy de los ingenieros, yo propondría que la primera ley de la comunicación humana es que *todo lo que puede ser malentendido va a ser malentendido*. Y agregaría que *lo que se puede entender mal a través del lenguaje se puede entender peor en los nuevos medios*, si no nos tomamos el tiempo de conocerlos bien. Saber como su mediación afecta el mensaje es más importante que preocuparse por como estos medios afectaran las normas que aprendimos. El lenguaje cambia no sólo por los errores que cometemos al usarlo, sino por las experiencias nuevas que tenemos que producir y comunicar con él. Ciertamente Internet, texting y otras actividades van a cambiar como lo usamos. Pero nuestra preocupación no debería centrarse en imponer normas, sino en comprender cómo los medios que usamos nos están afectando.